

Sancho I el Craso (935-966)

Miguel A. Rubio Herrera¹, Carmen Moreno Lopera²

¹ Unidad de Obesidad, Nutrición y Dietética. Servicio de Endocrinología y Nutrición. Hospital Clínico San Carlos. Madrid

² Centro de Salud Gregorio Marañón. Alcorcón (Madrid)

Correspondencia:

Dr. Miguel A. Rubio Herrera

Unidad de Obesidad, Nutrición y Dietética.

Servicio de Endocrinología y Nutrición. Hospital Clínico San Carlos.

c/ Profesor Martín Lagos, s/n. 28040 Madrid

Correo electrónico: mrubio.hcsc@salud.madrid.org

La figura de Sancho I el Craso, rey de León (956-958 y 960-966) (Figura 1), debe situarse históricamente en la época convulsa de la alta edad media, donde coexistían problemas de identidad y vecindad entre los territorios de León, Castilla y Navarra, junto al asedio fronterizo constante de las tropas musulmanas comandadas desde el Califato de Córdoba por el príncipe Abd-al-Rahmán III.

El reinado de Sancho I estuvo delimitado por tres circunstancias temporales: por un lado, su linaje del reino de León, que le garantizaba una línea sucesoria; en segundo lugar, por su parentesco con el reino de Navarra que le permitía mantener una colaboración mutua sin conflictos y, por último, una deuda con el califato de Córdoba. Sancho I era hijo del segundo matrimonio del Rey Ramiro II de León con doña Urraca de Navarra. Esta princesa era hija de la enérgica y poderosa reina Toda Aznar de Navarra y de Sancho Garcés I de Navarra. Por tanto, Sancho I era nieto de la reina Toda, a la que recurrió –como veremos más adelante– cuando fue destronado en el año 958. Tras la muerte de Ramiro II (951), le sucedió su primogénito Ordoño III, hermanastro de Sancho I (Figura 2). Ordoño III se había casado muy joven con Urraca de Castilla, hija del influyente conde de Castilla Fernán González, un astuto e intrigante palaciego. El reinado de Ordoño III (951-956) transcurrió entre las frecuentes aceifas lanzadas por las tropas musulmanas y las peligrosas rebeldías internas, como el fracasado intento de destitución del trono por parte de su hermano Sancho, en complicidad con Fernán González (resentido porque Ordoño había repudiado a su hija Urraca) y su tío García Sánchez I de Navarra (hijo de la reina Toda). Sólo el repentino fallecimiento de Ordoño permitió a Sancho I ser coronado rey de León en Santiago de Compostela en 956^(1,2).

La continuidad de las escaramuzas y rebeliones populares durante el inicio del joven reinado de Sancho I junto a su carácter orgulloso, engreído y poco inteligente le hicieron impopular. Ya manifestaba su regia persona una obesidad extrema

que le impedía andar, montar a caballo y, mucho más, enarbolar las armas para dirigir los combates. Los magnates le despreciaban, y el pueblo entero se mofaba de él. Esta situación fue aprovechada por Fernán González para fomentar más aún el descontento y tramar una conspiración que culminó con la marcha de Sancho I para refugiarse en Navarra, bajo la tutela de la reina Toda. En su lugar, proclamaron rey a Ordoño IV (958-960), denominado el malo, por su carácter débil, enfermizo y deforme (llamado también, el jorobado), y que se casó con Urraca de Castilla, ya viuda de Ordoño III, por la que la influencia de los prohombres leoneses y castellanos, y en particular del conde de Castilla, quedaron bien patentes con esta maniobra.

La ya octogenaria reina Toda de Navarra acogió a Sancho I con la idea de recuperar su trono (y mantener su influencia sobre el reino de León), no sin antes poner en marcha un plan para devolver a su nieto “la primitiva astucia de su ligereza”. La reina Toda mantenía relaciones de parentesco con el califato cordobés, por lo que no dudó en solicitar ayuda para curar a su nieto así como cooperación militar para reintegrarlo a su trono. Abd-al-Rahmán III aceptó la propuesta, a cambio de que, tras la reentronización, le fueran entregadas 10 fortalezas fronterizas del margen del Duero. El califa envió a Navarra al famoso médico judío Hasday ibn Saprut, quien iba a ocuparse del tratamiento del craso Sancho. Pero, para ello, deberían hacer un viaje hasta la capital del califato, Córdoba; un trayecto lleno de aventuras tal y como se narra en la novela de Ángeles de Irisarri *El viaje de la reina*⁽³⁾.



Figura 1. Ilustración de Sancho I el Craso.

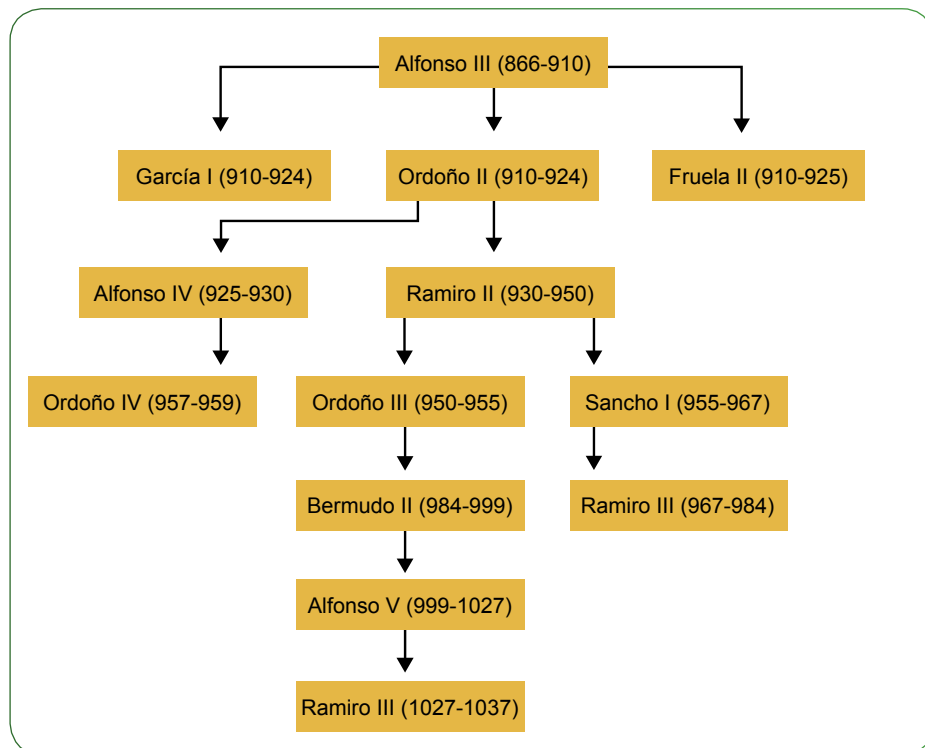


Figura 2. Esquema cronológico de los primeros monarcas leoneses. El reino leonés se escinde del de Asturias cuando Alfonso III el Magno reparte sus dominios entre sus tres hijos: García I se quedó con las tierras de León (que a partir de ahí sería la capital del reino), a Ordoño II le correspondió Galicia y la parte norte de lo que hoy es Portugal, y Fruela II se quedó para sí con el señorío de Asturias. Tras la muerte de García I, sin descendencia, su hermano Ordoño asumió el reino de León, uniendo de nuevo las tierras de Galicia y León.

El tratamiento adelgazante impuesto al depuesto rey Sancho en la corte de Madinat al-Zahra (Medina Azahara) actualmente se consideraría más una modalidad de tortura que un tratamiento médico racional. Don Sancho tenía cosida la boca, con sólo una pequeña abertura por donde podía absorber a través de una pajita el régimen alimenticio que se le proporcionaba, muy severo, sin comer nada sólido..., bebiendo agua de sal, de azahar, menta o toronjil, y cocimientos de verduras, bardana, cola de cerezo, diente de león, miel de enebro o arropo de saúco. Todo ello, en su justa cantidad para proporcionar siete condumios al día⁽³⁾. Suponemos que en un caso tan extremo primaría en el buen galeno el precepto de “a grandes males, grandes remedios”.

Semejante tratamiento produjo en el interfecto vómitos y diarreas diarias que a punto estuvieron de acabar con su vida.

Para poder pasar de su acostumbrada gula a la dieta de ayuno casi total, se ordenó que se le atara a la cama y se le aplicaran sedantes, baños de vapor para sudar y masajes para ir tensando la piel. Una vez perdidas las primeras arrobas, se instruyó al personal para que le ayudaran a caminar tirando del sujeto con cuerdas, mientras el paciente se ayudaba con un andador hecho a medida. Tras 40 días de tratamiento, Sancho había perdido unas 70 arrobas pamploesas, aproximadamente la mitad del peso que traía, había mejorado de los dolores de rodillas y caderas, de la somnolencia y de la dificultad para respirar. Ya era capaz de caminar una parasanga* diaria e incluso había sido capaz de yacer con una mujer. El hábil médico apostilló que el rey podría hacer a partir de ahora una vida como todos, siendo parco en el yantar, moviéndose y no abandonándose a la molicie, pudiendo así vivir muchos años⁽³⁾.

Así, Sancho, una vez recuperada su figura de hombre fornido, algo grueso, pero no craso, cabalgó con las huestes musulmanas para recuperar

su trono. En el año 960, Sancho I recupera el trono y Ordoño IV debe huir para refugiarse en Asturias y luego en Burgos. Sin embargo, Sancho no cumplió su promesa de rendir vasallaje y el pago de los tributos acordados a Abd-al-Rahmán III, en particular cuando tiene conocimiento de su muerte en octubre de 961, por lo que se considera dispensado de cumplir con sus compromisos. Al-Hakam I, hijo del califa, le recrimina su actitud y en represalia realiza varias incursiones, como la toma de San Esteban de Gormaz en 963.

En los últimos años de su reinado, Sancho I no tuvo las cosas fáciles, al no poder gestionar bien sus dominios, en particular el flanco occidental de su reino. La irritación de buena parte de la nobleza gallega provocó un importante levantamiento popular. Sancho I realizó una expedición por tierras gallegas y portuguesas y consiguió pacificar el conflicto. El

* Parasanga: Medida itineraria equivalente a 5250 m, usada por los persas desde tiempos muy remotos.

16 de noviembre de 966, se encontraba en el monasterio de Lorbán, donde quiso dejar un manifiesto de sus posesiones en ese territorio, cuando uno de los nobles gallegos (posiblemente Gonzalo Núñez) le regala una manzana envenenada. El rey, sintiéndose mal, con vómitos, retortijones y convulsiones, intenta regresar a León, pero no llega a la capital, pues fallece a los 3 días de camino, en el monasterio de Castelo do Miño, siendo enterrado más tarde en la Iglesia de San Salvador Palat del Rey, de León. Su hijo, de corta edad, Ramiro III, le sucedió en el trono.

BIBLIOGRAFÍA

1. Menezo JJ. Reinos y jefes de estado desde 712. Historia Hispana. Madrid; 1998.
2. Santos de la Mota C. Historia de aquel Reino, a estas flojedades. Fundación Saber.es. En: <http://www.saber.es/web/biblioteca/libros/historia-de-aquel-reino-estas-flojedades/historia-de-aquel-reino-estas-flojedades.php?idLibro=216> (acceso 15 de mayo de 2009).
3. Irisarri A. El viaje de la reina. Barcelona: Emecé Editores; 1996.